

**MISA DE FUNERAL EN MEMORIA  
DE Mons. JOSÉ MARÍA CIRARDA  
(S. I. Catedral, 24.09.2008)**

Rom 5,5-11: Ps 22; Jn 6, 51-58

**+ Vicente Jiménez Zamora  
Obispo de Santander**

Dios, Señor de la vida y de la muerte llamaba a su seno de paz, el pasado día 17 a su siervo fiel, José María Cirarda, Obispo. Moría en Vitoria, a la edad de 91 años. Su cuerpo recibía cristiana sepultura en el panteón familiar del pueblo de Mundaka (Vizcaya). Al funeral de *córpore insepulto*, presidido por el Obispo de Bilbao, asistía como Obispo de Santander, acompañado del Sr. Vicario General, un representante del Cabildo de la Catedral, dos sacerdotes y un seminarista.

Hoy nos convoca el Señor para celebrar esta Misa de funeral por el eterno descanso de Mons. José María Cirarda, que fue Obispo de nuestra Diócesis de Santander entre los años 1968 y 1972. Aquí en esta S. I. Catedral tuvo su cátedra para enseñar y regir y su altar para santificar al pueblo fiel, que el Señor le había confiado. Fue el siervo, a quien el Señor puso al frente de su pueblo como sucesor de los apóstoles y le concedió el espíritu de consejo y fortaleza, de sabiduría y amor, para realizar el misterio de la Iglesia en el mundo.

La vida de D. José María ha estado llena de trabajos, alegrías y penas, de entrega generosa y sacrificada a la misión encomendada por la Iglesia. Se gastó y desgastó por Jesucristo y por su Iglesia.

D. José María era uno de los Obispos españoles vivos que había participado en las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II, en el que tuvo intervenciones sobre la Iglesia, el ministerio episcopal y presbiteral, la actividad misionera de la Iglesia y la libertad religiosa.

Su ministerio episcopal entre nosotros fue breve y compaginado con el oficio de administrador Apostólico de la Diócesis de Bilbao. El resumen de su actividad como Obispo y Pastor entre nosotros lo hizo él mismo en la homilía de despedida, que pronunció en nombre propio y en el de su Obispo Auxiliar, Mons. Rafael Torija, el 2 de enero de 1972. El resumen lo compendia en dos palabras: *gratitud* y *dolor*. Escuchemos sus palabras desde la distancia del tiempo.

*Gratitud.* “Gracias tenemos que dar nosotros a Dios porque el Señor nos ha dado trabajar un poco por vosotros, a pesar de nuestras muchas flaquezas. Él nos ha mantenido a los dos Obispos totalmente identificados en un mutuo amor fraterno sin que ninguna circunstancia, por difícil que haya podido ser - y no han faltado horas difíciles - haya empañado siquiera nuestra unidad [...] Y dejadnos deciros también que damos gracias a Dios por marchar de Santander con algunas más canas y arrugas que las que traíamos al llegar a vosotros. Esperamos que el Señor las vea como muestras de que hemos trabajado y sufrido un poco por y con vosotros, aun cuando de verdad es, por la bondad de Dios y por vuestra bondad también, queridos hermanos, que nuestras alegrías han sido muchas más que los sinsabores en nuestros días montañeses”.

*Dolor.* “Pero tanto o más que el sentimiento de gratitud, nos domina a D. Rafael y a mi el de dolor. ¿Dolor por dejaros?. Sí, porque os hemos querido y os queremos con toda el alma. Pero este dolor está sobradamente compensado con el gozo de marchar cumpliendo ciertamente la voluntad de Dios [...]. Nuestro dolor arranca de más hondo:

de la conciencia de nuestros pecados y de nuestros fallos, por lo que no hicimos debiendo haberlo hecho, y por lo que hicimos mal por nuestras miserias [...]. Hoy queremos pedir perdón a Dios por todas nuestras faltas. Con humildad. De corazón. Ayudadnos con vuestra oración”.

Por eso, en esta Misa de funeral, a la vez que damos gracias a Dios por la vida y ministerio de D. José María, movidos por vínculos de fe y comunión eclesial, ofrecemos por él la ayuda generosa de nuestra oración, para que cualquier eventual residuo de pecado que pudiera retrasar su encuentro con Dios, sea definitivamente borrado.

Las lecturas proclamadas en esta celebración, leídas a la luz de su vida y su muerte, alimentan nuestra fe y esperanza.

*“La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Rom 5, 5-11). La esperanza de la que habla San Pablo es una esperanza firme y segura, porque se apoya en Dios. Reconciliados con Dios por la fe, experimentamos la paz que supera toda tribulación y nos hace avanzar seguros, esperando más allá de lo que ofrece nuestra vida presente.

La prueba de que Dios nos ama es Cristo Resucitado. Por eso, ya en nuestra vida mortal sentimos el gozo esperanzado del destino que nos aguarda.

Saber que la muerte no es obstáculo para ese gozo, sino el paso que el propio Hijo de Dios quiso dar para cancelar definitivamente nuestra deuda con el Padre, nos lleva a celebrar el acontecimiento de la muerte, dando gracias a Dios en la misma Eucaristía que él nos mandó celebrar en memoria suya.

*“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”* (Jn 6, 51).

El evangelio de San Juan, con alusión a la comida y la bebida, insiste en esta relación de la Eucaristía y la muerte del Señor. La muerte de Cristo es donación generosa de vida; es la entrega sin límite de su último aliento por cumplir la voluntad del Padre. Y esa voluntad es que todo el que contempla al Hijo y cree en Él tenga vida eterna.

Frente a la mirada superficial que no penetra en la realidad de Dios y que considera la muerte como un desenlace nefasto e irreversible, hay una mirada profunda y penetrante, iluminada por la fe, que nos hace contemplar la muerte de Cristo como una fuente de vida para todos los que creen en Él. Esa misma fe, como don de Dios que habita en nosotros, nos adentra en una situación de paz y de esperanza. Nos hace sentir el gozo de la presencia de un Dios que trasciende más allá de la muerte y nos habla de la voluntad garantizada de Dios que quiere hacernos partícipes de su resurrección.

También el autor del salmo 22 se une a esta celebración, recordándonos el banquete que el Señor, como buen pastor, ofrece a los suyos. Cumple así el Señor la misión que su Padre le ha encargado. No permite que ninguno de los que han sido confiados se extravíe, les guía por el sendero justo; y con suavidad y firmeza les sosiega cuando sienten la zozobra de la duda y el desconcierto. En lenguaje pastoril les lleva a comer hierba fresca en verdes praderas y les conduce hacia fuentes tranquilas para que beban y reparen sus fuerzas. En lenguaje más eucarístico, el salmo describe al Señor preparando una mesa para los suyos y les brinda una copa.

Hoy recordamos con dolor y esperanza al Obispo D. José María. Esperamos que la Eucaristía, que tantas veces celebró, le haya hecho partícipe de la vida eterna según la voluntad del Padre.

Ojalá que, sostenido por la maternal intercesión de la Virgen María, “haya alcanzado la meta de la fe, la salvación de su alma” (cfr. 1 Ped 1, 9). Queridos hermanos, pidamos que el Señor le conceda el descanso eterno. Que D. José María “rebose de alegría inefable y gloriosa” (cfr. 1 Ped 1, 8), contemplando finalmente y para siempre, a aquel que amó en la tierra sin verlo: a Jesucristo, nuestro Señor, al que sea la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos. Amén.